

“Somos dueños de nuestra tierra y vivimos en nuestra comunidad, ya no tenemos que emigrar”

Freddy Bautista dirige la microempresa Flor de Manzana que, entre otras cosas, produce jalea de mora. Como él, ha crecido la lista de adultos que han retomado sus estudios con la esperanza de completarlos con un bachillerato en administración de empresas o en estudios forestales. Autor: David Viñuales/Oxfam

Cuatro comunidades de Belén Gualcho, en el occidente de Honduras, son un ejemplo de que a través de la agricultura de pequeña escala se puede erradicar la pobreza. Con vuestra ayuda, lo están consiguiendo

Arcadio Pacheco tiene motivos para estar orgulloso. Hoy contempla sus tierras y las ve con zanahorias, maíz, papa, lechuga, cuenta con buenos sistemas de riego y produce su propio abono orgánico. Las cosas han cambiado mucho en su comunidad de La Mohaga, en el municipio de Belén Gualcho, en el occidente de Honduras.

A sus 75 años, Arcadio recuerda la época en la que tenía que emigrar para mantener a su familia. ‘Jornaleaba’ en los campos de los más ricos del lugar a cambio de un salario ínfimo que apenas le daba para alimentar a sus 11 hijos. Sus arrugas delatan las horas quemadas bajo el sol. En esa época ya tenía tierras, pero no las trabajaba. “Pasábamos un hambre que ni se imagina –recuerda–. Yo mantenía a la familia jornaleando donde los ricos, yendo a por el maíz fuera de la comunidad”.

Antes, Arcadio no sabía sembrar. Ahora, sus hijos pueden explicar cuál es el mejor sistema de riego para la zanahoria y cuál es mejor para la papa amarilla, o cómo fabricar abono orgánico o cómo funciona el cultivo escalonado (que les permite tener una cosecha continua de varios productos) y el huerto familiar (que asegura la alimentación de la familia).

En el mismo campo, su hijo Álvaro, de 32 años y padre de cuatro hijos, ha aprendido a sembrar un mejor futuro para los suyos. Hoy recogen maíz, papa, zanahoria, habichuela, mostaza, coliflor y rábano. “Desde que nos organizamos, cambiamos la forma de producir y aseguramos la alimentación de la familia. Hoy somos dueños de nuestra tierra y vivimos en nuestra comunidad, ya no tenemos que emigrar”. Y eso se refleja en todo. Quince años después de haber abandonado la escuela, Álvaro regresó para completar su educación básica. Se graduó el mismo día que su hija mayor.

¿Qué ha cambiado?

“Antes había un alto grado de desnutrición pero gracias a los huertos, los huevos, los árboles frutales, la situación ha cambiado y ya no tenemos emergencias médicas”, asegura Paula Vázquez. Autor: David Viñuales/Oxfam

Hace seis años, la Organización para el Desarrollo de Corquín (ODECO) y Oxfam Internacional comenzaron a apoyar a cuatro comunidades de Belén Gualcho (La Mohaga, Hierbabuena, El Tuyal y Magueyal), con el objetivo de asegurar la alimentación de 200 familias que vivían en la zona.

Fue un paso esencial. “Antes había un alto grado de desnutrición pero gracias a los huertos, los huevos, los árboles frutales, la situación ha cambiado y ya no tenemos emergencias médicas en la comunidad ni los niños se enferman tanto”, asegura Paula Vázquez. Al mismo tiempo se inició el proceso de organización, la capacitación técnica, la integración de las mujeres en los procesos productivos y se dio el impulso de la educación como motor de desarrollo.

En media década, el panorama ha cambiado drásticamente. Eliaquín Pacheco es un claro ejemplo. “Antes de organizarnos la vida era dura. Vivíamos de la agricultura migratoria, se viajaba muy lejos para trabajar de jornalero. Con ODECO entendimos que teníamos que regresar y retomar las tierras”. Así lo hicieron. Hoy en día, Eliaquín produce 15 manzanas de hortalizas y tiene 12 manzanas de bosque, de donde saca madera para la construcción.

Además, es el presidente de APROALCE, una asociación de 110 personas que se han unido para juntar sus producciones agrícolas y vender en El Salvador repollo, lechuga y zanahoria. “Gracias al apoyo de Oxfam tenemos un convenio con una importadora salvadoreña para exportar estos productos”, afirma. El primer paso, venta a granel. El segundo, todavía en planes, ampliar el abanico de productos y de compradores.

El germen de esta asociación fueron las cuatro cajas rurales que nacieron en la comunidad. Estas instituciones están formadas por personas que se comprometen a pagar una cuota mensual. Los fondos se prestan a bajo interés para que los socios puedan llevar a cabo actividades productivas.

El capital inicial de las cuatro cajas no sumaba entre todas las 1.500 lempiras (59 euros). Hoy en día, cuentan con un fondo de casi 250.000 lempiras (9.700 €). Pueden parecer cantidades pequeñas pero con ellas han sido capaces de poner en marcha cuatro microempresas, desarrollar un sistema de producción agrícola enfocado a la comercialización y construir un centro de acopio, entre otras cosas.

Su crecimiento sostenido ha alcanzado tal grado que, después de someterse a una auditoría de la Comisión Municipal de Transparencia, tuvieron acceso a los fondos que el Gobierno hondureño destina a su Estrategia de Reducción de la Pobreza (fueron de los primeros en acceder a estos fondos en todo el país).

Tres de estas cuatro cajas rurales cuentan en la actualidad con su propio local, financiado y construido por los socios. La única que no cuenta con uno, tuvo que solucionar una disyuntiva: Construir un local o una escuela. La decisión fue fácil, “la escuela es una prioridad para los niños”, sentencia José Pérez, de la caja rural 21 de mayo.

Texto original: David Viñuales/Oxfam

Information dated: April 2007